

Elaine de Astolat o las trampas de la virtud

ALDAZABAL, Ana Inés / Universidad de Buenos Aires - ana_aldaz@yahoo.com.ar

Eje: Literatura medieval, literatura inglesa

Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras clave: doncella de Astolat – materia artúrica - Lord Tennyson*

› *Resumen*

El episodio de la doncella de Astolat, relativamente menor en sus orígenes, adquiere una importancia cada vez mayor en las sucesivas versiones de la leyenda artúrica. La historia de la joven inocente que muere a causa de su amor no correspondido por Sir Lancelot se vuelve central en el marco de la revitalización decimonónica del interés por la materia artúrica. El ideal de amor puro y el trágico final de la doncella se ajustan perfectamente a las inclinaciones de la Inglaterra victoriana. En sus *Idylls of the King*, Lord Tennyson construye a Elaine como un personaje mucho más tímido y sumiso que el que aparece en la principal fuente de su obra, *Le Morte D'Arthur* de Sir Thomas Malory. Mientras que para la mayor parte de los críticos victorianos (aunque también para algunos contemporáneos) la doncella constituye un modelo de virtud y una víctima inocente de los conflictos de un reino en descomposición, la crítica actual, menos conmovida por su tragedia, la considera un personaje ingenuo y caprichoso y, en última instancia, la principal culpable por su propio destino (Kincaid 1975: 187). En este trabajo se pondrán en cuestión ambas posiciones relativas al tratamiento del ideal de pureza que caracteriza a la figura de Elaine de Astolat en los *Idylls of the King*. Asimismo, se intentará conciliar los aspectos negativos y positivos del personaje de manera de poner en evidencia que su figura no puede reducirse ni a la de una niña caprichosa ni a la de una víctima inocente de la caída del reino de Arturo.

› *Elaine de Astolat o las trampas de la virtud*

Parecería que se halla en la misma naturaleza de la doncella de Astolat la capacidad para dar origen a controversias de las cuales no participa abiertamente. Primero, el hecho de que viva recluida en un castillo de los bosques no evita que durante una temporada los rumores de su amorío con Sir Lancelot se conviertan en el principal entretenimiento de la

corte artúrica. Luego de su muerte, la aparición del cadáver, que entra en Camelot flotando en una barca, despierta nuevamente los comentarios de toda la corte y precipita el derrumbe final del reino. Ahora, un siglo y medio después de que Lord Tennyson la convirtiera en una de las celebridades de la Inglaterra victoriana, la figura de la desventurada doncella no deja de causar polémica.

La extremada pureza de la cual Tennyson dota al personaje en su idilio de “Lancelot and Elaine” le ha ganado tantos defensores como detractores. Para la mayor parte de los victorianos, aunque también para algunos críticos modernos, Elaine es un modelo de virtud y una víctima inocente de los conflictos de un reino en descomposición. Este punto de vista no tiene tantos adeptos en la actualidad. La crítica contemporánea, menos conmovida por su tragedia, la acusa de acarrear la culpa por su propio destino. De acuerdo con Kincaid, uno de sus defensores modernos, los críticos hostiles conciben a la doncella como un personaje “demasiado idealista, ingenuo, consumido por su fantasía, suicida, caprichoso y absurdamente empírico” (1975: 187).

Es sencillo refutar la opinión de que la figura de Elaine es enteramente positiva. Por regla general, los personajes que se rinden a pasiones desmedidas nunca resultan del todo inocentes en la poesía de Tennyson. En “Oenone” (1829), un poema muy anterior a sus *Idylls* de tema artúrico, Atenea ofrece a Paris las virtudes del autocontrol, el autorrespeto y el conocimiento de sí, que son, afirma, las únicas capaces de enaltecer la propia vida (vv. 144-145). El rechazo de Paris hacia estas virtudes en pos de los placeres sensuales ofrecidos por Afrodita conduce a la tragedia que todos conocemos. Sin embargo, el poema sugiere que también Oenone, primera amante del troyano, es en parte responsable por su propio sufrimiento al no haber sabido controlar su pasión (Buckley 1960: 54). Esta idea trasciende toda la obra de Tennyson y, en los *Idylls of the King*, es el abandono de estas tres virtudes y la fe que las sanciona lo que determina el hundimiento de Camelot (Buckley 1960: 182): Lancelot y Guinevere son incapaces de terminar con la relación adúltera que mancilla el gobierno de Arturo, Balin intenta inútilmente controlar su ira y termina por asesinar a su propio hermano, Merlín cede a los encantos de la pérfida Vivien y pierde todo su poder. Uno tras otro, los personajes del universo artúrico caen presa del desenfreno y, en su conjunto, arrastran consigo la totalidad del reino. La pasión de Elaine, que declara su amor a Lancelot con un abrupto “I have gone mad. I love you: let me die” (v. 930), no puede ser mejor que la de sus pares.

La desmesura en el amor queda en evidencia como rasgo característico de la doncella de Astolat desde la misma insólita relación de causa y consecuencia con que Sir Thomas Malory introduce esta figura en *Le Morte D'Arthur*: “This old baron had a daughter at that time that was called the fair maid of Astolat (...). And, as the book saith, she cast such a love unto Sir Launcelot that she could never withdraw her love, wherefore she died”

(Malory 2014: libro XVIII, cap. IX). Lord Tennyson acentúa este rasgo de desmesura respecto de la obra que constituye la principal fuente de su poema: frente a la doncella que dice haber enloquecido y pide la muerte como primera opción, el texto de Malory presenta a una Elaine que, con mayor sensatez, le ruega a Lancelot que no la deje morir de amor por él (Malory 2014: libro XVIII, cap. XIX). Por otra parte, esta desmesura está ligada en Tennyson a una inocencia demasiado extrema: cuando Lancelot le advierte que le es imposible brindarle su amor puesto que está decidido a nunca tomar esposa, la doncella de los *Idylls* le aclara: “I care not to be wife, / But to be with you still, to see your face, / To serve you, and to follow you thro the world” (vv. 937-939). La Elaine de Malory, más práctica, responde sin pensarlo dos veces que no le interesa el título de esposa del caballero y se conforma en cambio con convertirse en su amante (Malory 2014: libro XVIII, cap. XIX).

Entre los aspectos negativos del personaje, constituye el principal blanco de las críticas de sus detractores la naturaleza caprichosa de la doncella, que tanto su padre (v. 206) como ella misma reconocen (vv. 750-751). Es innegable que la menor de los tres hijos del señor de Astolat suele obtener todo lo que pide: su hermano se dispone a combatir junto a Lancelot en las *diamond jousts* para intentar obtener la joya que ella ha soñado que poseía; el caballero de la reina termina por acceder a llevar su prenda en el combate pese a que nunca antes ha hecho nada semejante por ninguna otra dama; sus caricias y palabras amables convencen a su padre de que le permita partir en busca del caballero malherido para cuidarlo y sanar sus heridas. El señor de Astolat sólo se enfrenta abiertamente a los deseos de su hija cuando ruega a Sir Lancelot que se muestre un poco menos cortés con ella, de modo de curarla de su amor. Aun así, Elaine no olvida la descortesía que el caballero emplea con ella al marcharse de Astolat sin decir adiós: en la carta que redacta poco antes de su muerte y que viaja con su cadáver hacia Camelot, la doncella comunica a Lancelot que esa despedida que él no le ha concedido, en su último viaje ella ha venido a tomarla de él.

Pese a todo, el personaje no se agota en sus defectos. Resulta demasiado simplista reducir la figura de la doncella a la de una niña malcriada que manipula a todos los que la rodean para lograr que las cosas se hagan a su manera y que muere de frustración cuando un capricho le es negado. En contraste con sus rasgos más mundanos, se hace manifiesta en la figura de Elaine una pureza que excede la mera inocencia y en la que se vislumbran indicios de una condición supraterránea. La doncella hace su aparición en las horas del alba y del crepúsculo (vv. 848-849), aquellas en que se angosta la brecha que une el reino de los mortales con el Otro Mundo. Su pálida presencia es fantasmagórica (vv. 918-919) y produce en Lancelot un temor reverencial:

(...) He looked, and more amazed

Than if seven med had set upon him, saw
The maiden standing in the dewy light.
He had not dreamed she was so beautiful.
Then came upon him a sort of sacred fear
For silent, though he greeted her, she stood
Rapt on his face as if it were a God's (vv. 350-356).

Como las mujeres fatales de sus primeros poemas (Ryals 1959: 439), la Elaine de Tennyson es una figura abstracta, elusiva, una habitante del mundo de ensueño que se halla entre los planos de lo humano y lo divino. Pese a todos sus esfuerzos por parecerse a la que ha conquistado el amor de Lancelot, quienes ven su cuerpo navegar hacia Camelot la toman no por una reina de los mortales sino, en cambio, por la reina de las hadas (vv. 1255-1259).

La caracterización de Elaine como una figura casi sobrenatural impide que nos conformemos con la explicación de que su manera de actuar responde a su condición de niña caprichosa y constreñida por lo que exige la sociedad de las mujeres virtuosas (Simpson 1992: 361). En realidad, el fracaso de Elaine es análogo al de Arturo, cuyo reino se derrumba porque su soberano es incapaz de comprender la complejidad de las emociones humanas que afectan a sus vasallos. La asociación de Elaine con la reina de las hadas que viene para llevarse a Arturo al Otro Mundo da cuenta del vínculo entre los dos personajes y de la inadecuación de ambos para la vida en este mundo (Grunes 1984).

El Arturo de los *Idylls* no es un hombre de carne y hueso sino una presencia espectral de origen místico y sin tacha en su conducta, una figura abstracta que representa todo lo que de bueno y justo existe en Camelot (Buckley 1960: 176-178). Sin embargo, toda su virtud no le sirve de nada a la hora de mantener el orden del reino, puesto que el ideal de conducta que impone a sus caballeros es demasiado elevado, imposible de seguir para quienes no son sino simples mortales que como tales aman y pecan. Esto queda ilustrado por el discurso de Guinevere, quien, sobre el comienzo de "Lancelot and Elaine", se queja ante su enamorado de la imposibilidad de amar a un ideal:

'Arthur, my lord, Arthur, the faultless King,
That passionate perfection, my good lord—
But who can gaze upon the Sun in heaven?
He never spake word of reproach to me,
Never had a glimpse of mine untruth,
He cares not for me: only here to-day
There gleam'd a vague suspicion in his eyes:
Some meddling rogue has tamper'd with him—else
Rapt in this fancy of his Table Round,
And swearing men to vows impossible,
To make them like himself: but, friend, to me
He is all fault who hath no fault at all:
For who loves me must have a touch of earth;
The low sun makes the colour: I am yours,

Not Arthur's, as ye know, save by the bond (vv. 121-135)

Arturo construye en torno a sus caballeros y su reina una fantasía similar a la que lleva a la doncella a creer en el amor de Lancelot pese a que éste no da señas de corresponderle. Sin embargo, el ideal de pureza que el rey intenta imponer a sus vasallos sólo se concreta en la figura de Elaine. Tras la muerte de la doncella, Lancelot se refiere a ella con gran perspicacia: "...Fair she was, my King, / Pure, as you ever wish your knights to be" (vv. 1374-1375). Pese a sus deseos de adecuarse al ámbito de los mortales, de amar como las mujeres de carne y hueso y verse como las damas de la corte, Elaine no logra escapar a su pureza.

El deseo sexual no está ausente en el personaje sino que se manifiesta en el acto de "desnudar" el escudo que Lancelot ha dejado a su cuidado y fantasear, a partir de sus golpes, con el cuerpo del guerrero enfrascado en la batalla (vv. 14-27). Sin embargo, este tipo de atracción se halla por encima de las fuerzas de Elaine. Cuando Lancelot le concede su "deseo salvaje" (v. 357) de llevar su prenda en el torneo, el rostro de ella se inunda por un momento con el color de la sangre, pero sólo, se nos dice, para dejarla al cabo más pálida¹ (vv. 376-378). Pese a que "The Lady of Shalott" (1842) difiere en gran medida de "Lancelot and Elaine" en su tratamiento del tema, tampoco en este otro poema que Tennyson escribe sobre la misma figura puede la doncella abandonar su aislamiento místico. Cuando la dama de Shalott no puede reprimir más su deseo de abandonar su soledad y vivir en carne propia la vida de los mortales, una maldición cae sobre ella y la destruye. Acaso consciente de que su propia naturaleza le impide disfrutar del amor carnal, Elaine intenta atrapar a Lancelot en su propia inocencia. Es claro el simbolismo de esa primera escena en que, por temor a que el herrumbre y la suciedad de su torre (¿o de la corte?) puedan mancharlo, Elaine borda una linda funda, con simpáticos diseños de flores y pajaritos (vv. 11-12), en la que guardar el escudo que el caballero ha dejado a su cargo.

Afortunadamente, Lancelot reconoce que no puede corresponder al amor desmedido y ultraterreno de la doncella: "for good she was and true / *But* loved me with a love beyond all love/ In women" (vv. 1292-1294, las cursivas son mías). Las virtudes del autocontrol, el autorrespeto y el conocimiento de sí, cuya ausencia ha derribado el reino de Camelot, son alcanzadas por Lancelot sobre el final de su vida, cuando logra desvincularse tanto de la pasión animal que lo une a Guinevere como de la pasión espiritual que lo une a Arturo (Grunes 1984). El caballero entiende que su única grandeza consiste en saber que

¹ Para un análisis del simbolismo de los colores rojo y blanco en *Idylls of the King*, véase Adicks (1967).

su gloria es sólo pasajera (vv. 449-452) y el poema cierra con una promesa de esperanza que se materializa en su figura: tras la muerte de Elaine y los celos de Guinevere, Lancelot se siente desgraciado pero sólo porque aún no sabe que morirá siendo un hombre santo (v. 1429). La redención es posible pero no consiste en una identificación con la divinidad sino en una búsqueda interior que lleva al individuo al control y al conocimiento de sí mismo.

Es su propia pureza lo que condena a Elaine, quien, sea o no culpable de su destino, es en todo caso víctima de su propia naturaleza, de su incapacidad para vivir en la sociedad humana. La sangre roja que asciende a sus mejillas cuando Lancelot le concede el deseo de llevar su prenda refleja esa chispa de vida que cada tanto asoma en la doncella, ese deseo de vivir según las pasiones humanas. Sin embargo, la palidez que le sigue, la certeza de que Elaine no podrá gozar de un amor que no sea por completo inmaculado, da cuenta de lo que esta certeza en último término significa: la pureza absoluta sólo puede ser alcanzada en la muerte.

› *Referencias bibliográficas*

- Adicks, R. (1967). The Lily Maid and the Scarlet Sleeve: White and Red in Tennyson's *Idylls*. *The University Review* 34, 65-71.
- Buckley, J. H. (1960). *Tennyson: The Growth of a Poet*. Cambridge: Harvard University Press.
- Kincaid, J. R. (1975). *Tennyson's Major Poems: The Comic and Ironic Patterns*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Grunes, D. (1984). Beast of Eden: Tennyson's 'Lancelot and Elaine' [versión electrónica]. *College Language Association Journal* 27 (3). Disponible en:
<http://grunes.wordpress.com/2009/05/24/beast-of-eden-tennysons-lancelot-and-elaine/>
- Malory, T. (2014). *Le Morte D'Arthur* [versión electrónica]. Ed. de Edward Strachey. Disponible en <http://www.gutenberg.org/files/46853/46853-h/46853-h.htm#book-start>
- Ryals, C. de L. (1959). The "Fatal Woman" Symbol in Tennyson. *PMLA* 74 (4), 438-443.
- Simpson, A. (1992). Elaine the Unfair, Elaine the Unlovable: The Socially Destructive Artist/Woman in *Idylls of the King*. *Modern Philology* 89 (3), 341-362.
- Tennyson, A. (1920). *The Complete Works of Alfred, Lord Tennyson*. Londres: Macmillan.